



II

Filosofía de la Historia

La inmensa mayoría de las escuelas filosóficas, que hasta el presente se han ocupado en desarrollar el contenido de esta ciencia, salvo las sublimes y gigantescas inteligencias de San Agustín y Bossuet, han dado en los escollos del fatalismo y del empirismo históricos. No hay para qué ocultar la verdad; es preciso confesarla llana y paladinamente, si hemos de sacar algún fruto del estudio y meditación de tan importante materia, y aprovecharnos de las tristes, pero provechosas lecciones del pasado, que al narrarnos el contenido científico de la Historia, unas veces han degradado al hombre hasta la abyecta condición del bruto, otras le han sublimado hasta el ridículo ideal de un dios caído, y otras le han maniatado á la rueda de un destino fatal, donde su libertad y su elevada dignidad no han sido sino sarcásticas condiciones con que un dios injusto dotó á la pobre criatura, según la errónea opinión de los renombrados fatalistas.

La ciencia está ya hecha; no queremos formarnos la ilusión de engalanarnos con ajenos ropajes, que así en la ciencia como en la narración de los hechos, conviene manifestar la verdad y plantear el estado de la cuestión, ya teórica, ya práctica, con amplísima y general concepción, que facilite al lector el camino que hay que recorrer y aparte obstáculos y dudas, que sólo sirven para oscurecer la luminosa senda de la verdadera ciencia, tan clara como exacta, tan convincente como irrefutable.

La teoría de la ciencia, que en estas líneas nos ocupa, entraña el examen de dos conceptos fundamentales, cuales son: el concepto de la Filosofía en general, y el concepto de la Historia. La Filosofía de la Historia no es, por lo tanto, otra cosa que el resultado de estas dos altas ideas, coordinadas y enlazadas tan íntima y sustancialmente, que vengan á formar una ciencia sola y propiamente tal, apoyada sobre

estos dos seguros elementos: lo filosófico y lo histórico.

Ya hemos apuntado anteriormente lo que es y vale, en nuestro pobre entender, apoyado en la grandeza y sublimidad científica de Santo Tomás, San Anselmo, de Suarez, el inmortal filósofo español, y de la escuela católica en general, el concepto de la Filosofía, á saber: es aquella ciencia que tiene por objeto investigar las razones y causas de las cosas, en cuanto pueden ser conocidas por la razón humana. Es en verdad cierto que la esencia de las cosas y las razones absolutas y últimas sobre que se basa y funda, así el orden moral de la Creación como el orden material, se ocultan á la pobre inteligencia humana, como se ocultan los objetos en la oscuridad de la noche. ¿Qué razón tan loca ó tan audaz podrá levantar el eco de su voz para increpar al Sér infinito por no haber creado á la pobre razón humana tan grande como su infinito sér? Partiendo del dogma de la religión y de la Filosofía, de no ser el hombre sino obra libre del Hacedor, creado á su imagen y semejanza, para conocerle, amarle y glorificarle, no cabe suponer ni por un solo momento que esta obra de Dios haya de ser en dotes y cualidades intelectuales tan grande, tan poderosa como la razón que la creó; ni puede tampoco imaginarse ningún sano entendimiento que hubiera Dios de haber puesto delante de la razón humana la explicación y visión clarísima de su esencia divina, y de todo lo que es, de todo cuanto existe, de forma que el misterio fuera una palabra vana y los secretos de la naturaleza problemas tan sólo para la juvenil infancia de la vida.

Quien tal soñara, pretendería compartir con Dios la grandeza de sus infinitos atributos, y un reinado para el hombre en la vida del tiempo, como sólo es concebible en el goce de la visión beatífica. Esto y no otra cosa quiere y



pretende el racionalismo, y aun quizás cierta parte, y bien intencionada, de aquellos pensadores que en los días de su juventud, á la sombra de hipócritas enseñanzas filosóficas, se educaron en el fondo de una audaz y atrevida filosofía, que dejando la fe, el dogma y lo sobrenatural para la religión y para la vida moral é interna del espíritu, se lanzaron también á especulaciones teóricas en la investigación de las últimas razones de las causas y de las cosas, sin notar en un principio que se transgía en parte con el error sustancial del cartesianismo y del protestantismo, engendrados malhadados y funestos de este racionalismo que en teoría ha enloquecido á Europa, y en la práctica ha trastornado al mundo, el cual no gira hoy ordenadamente sobre los ejes de sus polos por virtud de esta misteriosa fuerza del error y de las torpes pasiones, consecuencia de estos.

No niega ni desconoce la escuela católica la maravillosa influencia de la Filosofía en las ciencias, ni la grandeza de la razón humana, confesada y enaltecida en todos los siglos y en todas las épocas por San Anselmo, San Juan Crisóstomo, San Agustín, Santo Tomás, Suarez, Soto, Melchor Cano, Bossuet, Fenelon, el Dante, Lope de Vega y otros cien genios de las ciencias y del arte del catolicismo; antes bien, declara y confiesa con el gran pensador Pascal, que la razón es la obra más grande de la creación. Esta declaración, que constituye un dogma para la ciencia, nos ahorra de contestar á la moderna sofistería, que pretende encontrar en el lenguaje del impugnador del filosofismo armónico contemporáneo, una acusación contra las facultades más nobles del hombre, contra la ciencia más sublime que el entendimiento ha creado, por decirlo así, la Filosofía. Para indagar y examinar las verdades que caen bajo de su nativo alcance, tiene, sin embargo, un magnífico y poderoso auxiliar la ciencia filosófica, en otra que es sin disputa la ciencia por excelencia, la ciencia madre, la ciencia de lo sobrenatural, de los dogmas y de los misterios, la ciencia que ha descubierto al mundo moderno el secreto de innumerables verdades ignoradas por la inmensa serie de generaciones que

duermen el sueño eterno más allá de los días de la Cruz del Calvario; ciencia revelada por Dios al hombre y desenvuelta y conservada á la larga y través de los siglos en el augustísimo seno de una madre de doctrina infalible, cuya ciencia tiene por nombre la TEOLOGÍA.

Esta ciencia, que no es creada por la razón, pero sí explicada por ella, prepara de tal modo el entendimiento humano para entrar en el análisis de investigación de las verdades objeto de la Filosofía, que es ciertamente á la manera de clara y hermosa luz que ilumina á la razón el camino que debe seguir para el desenvolvimiento de cuantas verdades afecten al espíritu, á sus facultades, á las relaciones totales del hombre con Dios, con sus semejantes y consigo mismo; el tiempo, el espacio, el infinito, la esencia, lo temporal, lo inmutable, la vida, la muerte; todo, en fin, lo que constituye el secreto de las ciencias morales.

Así enlazadas estas dos ciencias, llega la Filosofía á dominar con amplísima mirada todo el vasto contenido de los conocimientos humanos, con tan racional convencimiento, con certidumbre tan plena, con tan inmenso amor á la verdad, con tan deleitosa posesión de los principios tan superiores á los que están al alcance de sus más íntimas facultades, que llega á encontrar absurda y pretenciosa la loca independencia y absoluta autonomía, que el filosofismo predica como medio único y seguro de fundar la ciencia sobre principios evidentes.

Bien se alcanza á comprender desde luego, que así entendido el concepto de la Filosofía en general, no hemos de llevar á las páginas de la Filosofía de la Historia, ni los errores del racionalismo, infecundo para la ciencia, ni las peregrinas y sospechosas enseñanzas del exagerado tradicionalismo, de cuyos auxilios no há menester ciertamente la ciencia católica, á la que apoyan fieles tradiciones primitivas, apostólicas, antiguas y nuevas, y dogmas esclarecidos y declarados por la autoridad de la Iglesia desde sus primeros Concilios ecuménicos hasta el último del Vaticano.

El segundo concepto que entraña esta ciencia de la filosofía de la Historia, antigua rama del saber, aun cuando algunos la crean nacida



en la mente de Vico, es el de la Historia, del cual ya hemos hablado extensamente en la parte anterior, y consignado que no es otra cosa sino el desenvolvimiento del plan eterno de Dios, mediante la voluntad humana, en el tiempo y en el espacio: coordinar estas dos ideas, es crear en la inteligencia la Filosofía de la Historia.

Al propósito de exponer al frente de esta obra el estado actual de esta ciencia, tomaremos por fuente, y como á manera de programa, los estudios de un moderno pensador católico, que honra seguramente, no sólo la órden dominicana, sino la filosofía española (1). Dos elementos capitales se nos presentan en el progreso de los estudios históricos: el propiamente narrativo y de indagación, y el consistente en la generalización sistemática y científica de la historia de la humanidad. Desde el instante en que la razón pretende entrar en el análisis de los hechos de los imperios antiguos, apoyados en los importantes descubrimientos que la crítica moderna ha puesto á su alcance, estudiando más la vida de la historia de las generaciones que pasaron, observa atentamente que aquellos antiguos pueblos é imperios nacen, crecen, se desarrollan, llegan al apogeo de su gloria, se debilitan y mueren, siguiendo siempre diversos movimientos de ascension y decadencia, leyes más ó menos constantes y similares, convergiendo unas veces hácia el camino del bien, y alejándose otras del centro de su final destino; pero atento siempre, en medio de su libre y fatal carrera, al logro de un fin último y providencial, cuyo estudio prepara al hombre á buscar en el fondo de esas transformaciones y mudanzas las causas de la constitucion, duracion y cambios de la vida de la humanidad, creyéndose ver aún en la sencilla narracion de estos hechos, que unas veces entristecen con su fatídica relacion el ánimo atento del observador, y llenan otras de esperanza al corazón humano, el imperio de unas leyes más ó menos constantes que rigen la marcha y los destinos del género humano, le-

(1) *Estudios filosóficos y sociales*, por el P. Zefirino Gonzalez.

yes que entrañan el contenido total de la Filosofía de la Historia.

Esta no es otra cosa sino la generacion de los elementos históricos, la armonía entre la razón y la causa, la síntesis del doble progreso realizado en los estudios históricos, aplicado al desenvolvimiento de los hechos humanos, en su carrera triunfal por el camino de la vida, en su marcha general y completa á la vez.

Al afirmar que la filosofía de la Historia general de la humanidad constituye un progreso en los estudios históricos, no pretendemos indicar que sea una ciencia nueva, ni ménos una ciencia que ilumine y esclarezca el camino de la Historia, descorriendo totalmente el velo de los secretos que se ocultan completamente al pensamiento humano en la indagacion de los destinos de la vida de la humanidad. No negaremos nosotros el concepto de verdadera ciencia á la Filosofía de la Historia, dadas las nociones que de la Filosofía en la Historia dejamos apuntadas; sin que por esto creamos señalar el horizonte de un progreso infinito en los estudios históricos. La ciencia de la sabiduría de las cosas por principios ciertos, tales como pueden ser comprendidos por la razón, exige ciertamente, además de un objeto determinado, principios evidentes y conocidos de tal manera, que sean aplicados por la razón humana; conclusiones ó verdades que sean deducciones legítimas y evidentes de los mismos. ¿Reune estas condiciones la filosofía de la Historia general de la humanidad? De ninguna manera, dice un ilustre autor; concederemos de buen grado que á la Filosofía de la Historia pueda señalarse un objeto propio, cual sería, por ejemplo, determinar la causa ó razón general de los diferentes estados ó vicisitudes por los cuales ha pasado el género humano, los que atraviesa al presente y los que le esperan en el porvenir. Pero ¿dónde están los principios ciertos que pueden guiarnos de una manera fija y evidente en la determinacion y aplicacion de la causa general de las transformaciones y del movimiento tan vario de la humanidad? ¿sabemos siquiera si esa causa es única ó múltiple? ¿podemos designar con seguridad los fines propios del nacimiento, elevacion y deca-



dencia de los diferentes pueblos y naciones, especialmente con relacion al movimiento general de la humanidad? ¿poseemos algun criterio para el conocimiento cierto de la ley que rige y gobierna el movimiento histórico de la gran familia humana, y sobre todo el que regirá el porvenir y sus destinos futuros?

Tenemos, sí, teorías más ó ménos notables, más ó ménos brillantes de la Filosofía de la Historia; pero esas teorías, segun probaremos despues, son teorías que carecen de fundamentos racionales y filosóficos; son teorías formuladas *a priori* en relacion con algun sistema determinado de filosofía; y por lo mismo son teorías, que en vez de presentarse como la deducción lógica y como una generacion racional y sistemática de los estudios históricos, sólo pueden conservar las apariencias de teoría científica á costa de esos mismos hechos históricos, los cuales no pueden hallar cabida en el cuadro estrecho de esas teorías *a priori*, sino á condicion de ser violentados, mutilados y desfigurados en todos sentidos; sin contar la contradicción mútua y la oposicion radical que existe entre las teorías indicadas.

Nosotros, sin embargo, creemos en la posibilidad y existencia del saber humano; en el saber científico de la Filosofía de la Historia, dados los dos solemnes fundamentos sobre que descansa, los dos principios ciertos y evidentes de la Providencia Divina y de la libertad humana, que constituyen el fondo de la misma, y de cuyos hermosos veneros de riqueza ha de deducir la pobre razón humana aquella serie de verdades, consecuencias de la vida de la humanidad en su movimiento general y vario al través de los siglos de la Historia; pudiendo llegar á ser tan completa esta ciencia, como el contenido de otras que se cultivan con general ahinco; sin que por esto en unas ni otras sea dable llegar á la posesion de las últimas y absolutas deducciones, más íntimas y más trascendentales que el racionalismo pide y exige en ella.

A la manera que con los auxilios de la fe y la razón conocemos los movimientos y analizamos los cambios y mudanzas, las caidas y la regeneracion de la criatura, y basamos en el

estudio de todos estos hechos y causas de la vida del individuo la teoría y práctica de la ley moral, sin llegar por esto á descubrir y desentrañar lo íntimo y secreto del plan providencial sobre la criatura humana, viniendo á constituir este estudio una rama importante de la sabiduría filosófica, sin que podamos negar la existencia de esta ciencia; del mismo modo en el estudio de las causas y razones al través de los varios generales y completos hechos de la vida de la humanidad, descubrimos una ley providencial que debe cumplirse mediante la libertad humana; aun cuando en multitud de cambios de actos y modificaciones que acaezcan en el seno de tantas generaciones como viven y se suceden, hallemos nublado el horizonte en donde está escrita la palabra de Dios, y no alcancemos á descubrir ni á interpretar los signos trazados por la infinita mano de la sabiduría, como á manera de profecías de la vida del porvenir.

Sobre todas estas dudas, secretos y misterios para la razón, existen, sin embargo, en la ciencia de la Filosofía los hechos de la vida más ó ménos claramente deducidos, más ó ménos visibles para la razón; sin que estos límites disminuyan el valor de esta ciencia, pues la esfera más ó ménos limitada de otras ciencias, no nos autoriza para negar su existencia.

El estudio de la Filosofía de la Historia, debe tomar por base la observacion exacta y concienzuda de los hechos, y su generalizacion racional, para llevarnos al conocimiento filosófico de la marcha general de la humanidad en sus relaciones con la accion de la Providencia y de la libertad humana. Pretender fijar *a priori*, como la escuela racionalista exige, las leyes históricas de la humanidad, es sin disputa desconocer las condiciones y la naturaleza propias de los elementos esenciales y fundamentales de la Filosofía de la Historia. Estos elementos son la Providencia Divina y la libertad humana. Todo pensador que no se agita en el vacío del fatalismo, del ateísmo, del materialismo y del panteísmo, ve claramente en el fondo, aun de su criterio racional, que la marcha y direccion de la humanidad sobre la tierra giran bajo el fulgor de estas dos grandes



lumberras, la Presciencia y Providencia de Dios, y la libertad del hombre. Si el destino y las acciones de la criatura se hallan sometidos á la Providencia del Criador como revela la filosofía, y la relacion de lo finito á lo infinito, de lo creado al Autor, sería absurdo y hasta contradictorio pensar, y mucho más afirmar, que los destinos de la vida humana, sus transformaciones, su marcha, su direccion y sus movimientos no entran en el plan general de la Providencia Divina, y quedan fuera del alcance del horizonte de esta ley suprema del orden moral de la vida. Es asimismo evidente que el sujeto de la historia ó el agente propio y determinante, es la causa inmediata de los hechos históricos por medio de la libertad en el hombre; de forma que bien puede asegurarse con razon, ser la *Historia Universal* del género humano el efecto propio y la manifestacion completa de la libertad humana, sin negar que las circunstancias ó condiciones externas ó internas, tales como la constitución física reclama, el organismo social, religioso, artístico, político, las más arraigadas tradicionales costumbres, las ideas más ó ménos ciertas sobre los destinos de la vida en determinadas épocas, han podido ejercer mágica y poderosa influencia en las determinaciones de la vida humana, siempre resulta que estos actos pueden considerarse esencialmente libres é hijos del hombre. La historia, pues, de la humanidad puede y debe considerarse como resultante de la doble accion de la Providencia y de la libertad humana, que constituyen las causas fundamentales y los elementos esenciales de la misma; naciendo de este exámen, en cuanto puede ser comprendido por la razon, la ciencia filosófico-histórica, capaz solamente de ser emprendida y como desarrollada en algun grado mediante el auxilio de las enseñanzas tradicionales reveladas y dogmáticas, y el de la propia razon humana.

En el estado actual de la negacion de los principios más notables de la ciencia cristiana por parte del racionalismo, la Filosofía de la Historia es seguramente un misterio, un secreto indescifrable, un enigma; es la eterna noche del pensamiento; es la duda, en fin, y sin ex-

plicacion científica ni racional en lo presente ni en lo porvenir.

Los diferentes sistemas sobre la Filosofía de la Historia formulados hasta el día, fuera de aquellos que la colocan bajo la mirada de la Providencia, carecen de bases científicas y se hallan en contradiccion con el método que corresponde á esta clase de estudios, cual es el método filosófico cristiano, ó sea el estudio de la humanidad bajo las leyes reveladas, que no deben limitarse en modo alguno sin incurrir en nota cartesiana. Al ingresar en el templo de la Filosofía, sólo la vida es explicable y el hombre inteligible bajo esta ley suprema; el saber que presenta al hombre dirigido y ordenado por la ley de Dios en la tierra.

En efecto: si la historia del género humano es una manifestacion inmediata de la voluntad libre del hombre, si esta voluntad del hombre, lo mismo que las demás causas que constituyen el conjunto de la creacion, se hallan sometidas y subordinadas á la Presciencia de Dios y á la direccion de su Providencia, es á todas luces evidente, que conocer estas con relacion á la voluntad del hombre, sería lo mismo que conocer la marcha, sucesion de la humanidad y la razon de sus transformaciones y de su movimiento múltiple y complejo en su origen, en su medio y en su fin. Luego poseer este conocimiento, sería poseer la verdadera Filosofía de la Historia.

Pero ¿es posible, añade el autor cuyas doctrinas en parte seguimos, es posible al hombre llegar con sus propias fuerzas al conocimiento claro y seguro de esa relacion entre la Providencia Divina y la libertad humana, consideradas como elementos fundamentales y generadores del movimiento histórico de la humanidad? El conocimiento científico y completo de la relacion entre los dos extremos, implica el conocimiento de estos; así pues, para que el hombre conociera la relacion entre la accion de la Providencia Divina y la accion de la libertad humana con respecto á la historia de la humanidad, sería preciso que pudiera penetrar, no sólo en el secreto de la voluntad libre del hombre, sino en el secreto de la voluntad libre de Dios. ¿Podrá nunca lisonjearse el hombre de



penetrar los secretos juicios y los decretos inexcrutables del Altísimo? ¿le será dado siquiera penetrar en el fondo de la voluntad libre del hombre, ni prever las determinaciones futuras de esta voluntad? No hay para qué decir que proponer tales cuestiones, equivale á resolverlas en sentido negativo; porque la razon, la experiencia y el sentido comun proclaman de consuno la imposibilidad en que se halla el hombre de adquirir semejantes conocimientos en la actualidad; imposibilidad que será la misma en el porvenir, segun todas las apariencias, toda vez que las halla basadas en las condiciones mismas de la naturaleza humana y de la naturaleza Divina.

Hay más todavía: esta imposibilidad de llegar á la posesion de tales conocimientos, se halla en relacion directa é inmediata con el problema formidable de la conciliacion de la Presciencia y Predestinacion Divina con la libertad humana. En verdad que para todo hombre que sabe pensar sobre la solucion de ese problema, es y será en lo porvenir probablemente un misterio impenetrable para la razon humana, durante el estado de la vida presente. No deberemos por eso imitar la conducta, poco racional, de los filósofos paganos, quienes para salvar la libertad humana, negaban la Presciencia Divina; al paso que otros negaban la primera y abrazaban el fatalismo para salvar la segunda. La razon y la ciencia, de acuerdo en esta parte con las doctrinas del Cristianismo, afirman y enseñan que no debemos ni podemos negar la existencia de la Presciencia Divina ni la existencia de la libertad humana; por más que no nos sea dado penetrar con claridad el misterio de su conciliacion. El lado oscuro de un problema, nunca será motivo suficiente y racional para negar lo que es evidente á los ojos de la razon y de la experiencia. Negar la Presciencia Divina, equivaldría á negar la existencia misma de Dios; porque, como dice San Agustín, confesar que Dios existe y negar que tiene presciencia de las cosas futuras, es manifiesta locura.

Dadas estas sublimes y elocuentes razones en pro de la negacion de la ciencia Filosofía de la Historia, se deduce, y déjase entender que se habla en lenguaje puramente filosófico, que

nosotros, como es sabido, no aceptamos aislado, y se levanta un terrible argumento y acusacion irrefutable contra la primera de las ciencias, contra la ciencia madre, contra la Teología. El filósofo y pensador cristiano no puede negar en modo alguno el carácter de ciencia á la ciencia de Dios, aun cuando existan en ella muchos puntos y materias incomprensibles á la razon humana. Pero de esta falta de conocimiento cierto y evidente, como diría el racionalismo, no se puede negar la ciencia misma sin romper la tradicion filosófico-científica de la Iglesia, maestra infalible de toda verdad, cuya ciencia es la que indagamos para aplicarla á la Historia.

Esto supuesto, los auxilios del conocimiento de lo sobrenatural y de las facultades propias de la razon humana, nos colocan en situacion científica de conocer, en cuanto plazca al Regulador Supremo, y en cuanto esté dentro de las fuerzas de la misma razon, la marcha, el movimiento y las variaciones de la vida de la humanidad.

No sería en verdad ménos absurdo y contrario negar la más hermosa de las prerogativas de la criatura humana, la libertad; lo cual es un hecho atestiguado por la conciencia íntima fuera del alcance de los sofismas, y colocada en tan inexpugnable posicion, que han sido inútiles hasta el presente, y lo serán en lo sucesivo, cuantos argumentos ha soñado con hipócrita argucia ó con insensata y peregrina irreflexion el filosofismo, así espiritualista como materialista.

La falta de un conocimiento pleno sobre la concepcion relativa de la conciliacion entre la Presciencia y la libertad, no puede considerarse en buena lógica como un motivo científico para negar ninguno de los datos y términos del problema.

Infiérese de lo dicho ya, si es justo rechazar la opinion de los fatalistas antiguos y modernos, que niegan la libertad humana, atestiguada invenciblemente por la conciencia y el sentido comun; no es ménos justo rechazar la doctrina de Ciceron, cuando negaba la Presciencia Divina, y hacia á los hombres sacrilegos, pretendiendo hacerlos libres, segun la enérgica



expresion de San Agustin: *dum vult facere liberos facit sacrilegos*. De aquí que, por grande que sea la densa oscuridad que encuentra nuestra inteligencia al querer escudriñar el enlace entre la Presciencia y la libertad humana, y por grande que sea la dificultad de comprender la íntima relacion y marcha armónica de este doble principio de las acciones humanas, siempre deberemos decir, con el gran obispo de Hipona, que no por eso deberemos considerarnos con derecho, ni ménos obligados, á negar la Presciencia de Dios ó la libertad del hombre; antes por el contrario, deberemos atestiguar la existencia de ambas, como individuos de la una y de la otra, en armonía con las enseñanzas de la razon natural y la revelacion divina.

Siendo grande en nuestros dias el número de escritores y escuelas que se apartan de la verdad, con respecto á la Presciencia divina, y siendo este dogma y la nobilísima facultad de la libertad humana las dos condiciones de la posibilidad de la Filosofía de la Historia general de la humanidad, habrá de permitirsenos que insistamos en la exposicion de estas materias, trayendo al terreno de la Historia los elementos científicos de la Filosofía necesarios para su desenvolvimiento y desarrollo científico.

La pretendida autonomía absoluta que la Filosofía panteísta y racionalista atribuyen á la razon humana, lleva consigo, como consecuencia lógica, la negacion más palmaria de la Presciencia divina, como elemento generador de la Historia de la humanidad; la voluntad depende de la razon como una condicion necesaria y natural de sus acciones, y la naturaleza y propiedades de la libertad de un sér hallanse en relacion necesaria con la naturaleza y propiedades de su inteligencia: luego la autonomía absoluta de la razon humana, lo mismo que su divinización panteísta, envuelve la autonomía absoluta y la divinización de la voluntad libre del hombre; y por lo mismo, conduce á ciertos escritores y filósofos modernos á negar, ó por lo ménos á prescindir, de la Presciencia providente de Dios, al tratarse de la Filosofía de la Historia. Luego, no sin razon nos hemos detenido en esclarecer y aclarar esta verdad, por más que la reconozcamos evidente por sí mis-

ma, y la coloquemos entre las verdades de sentido comun; debíamos á la par insistir y poner fuera de toda duda esa verdad que constituye el principio racional y la base necesaria de toda Filosofía de la Historia, digna de este nombre.

Suprimido cualquiera de los dos términos, cualesquiera de los dos sustanciales de la ciencia, tendríamos una Filosofía de la Historia propiamente natural y humana, sin unidad ni universalidad de causa, sin unidad ni universalidad de fin, sin unidad ni universalidad de objeto; es decir, que se habria hecho imposible la Filosofía de la Historia de la humanidad, como suprimida la libertad humana se habria convertido en la Historia del fatalismo.

Es evidente que la inmensa mayoría de los sistemas formulados hasta el dia sobre esta tan importante ciencia, carecen de verdad y fundamento científicos, y de método racional. De una parte, sabemos que no es dable al limitado entendimiento humano penetrar con sus propias fuerzas, ni los decretos de la voluntad del Omnipotente, que encierran la marcha providencial de la humanidad con relacion al pensamiento divino, ni tampoco conocer un sistema de determinaciones libres de la voluntad humana respecto al porvenir; y sin embargo, ya hemos visto que la Providencia Divina por un lado, ó sea el pensamiento y la voluntad de Dios con respecto á la humanidad, y por otro las determinaciones de la voluntad humana, constituyen los dos elementos principales y como los agentes fundamentales y naturales de la Filosofía de la Historia.

Así pues, el conocimiento de las leyes históricas á que se halla sometido el género humano en su desenvolvimiento completo, múltiple y sucesivo, depende y se halla en relacion con el conocimiento del enlace y conexión que existe entre la Providencia divina y la libertad humana, consideradas como agentes fundamentales y principios generadores del movimiento histórico de la humanidad.

Dos consecuencias importantes, dice asimismo el citado filósofo español, P. Zeferino Gonzalez, se desprenden de esta doctrina, con la cual acordamos en un todo, salvo el concepto religioso-filosófico que le hemos asignado, á di-



ferencia del puramente filosófico que el P. Gonzalez le atribuye, siendo evidente para nosotros que la Filosofía católica no puede prescindir de los elementos esenciales y constitutivos de la sabiduría revelada al hombre; es la primera, dice, que la observacion exacta y la comparacion crítica de los hechos históricos, constituyen el único modo racional y propio de la Filosofía de la Historia, y por eso es el único posible y que se halla en armonía con las condiciones propias de la misma en el estado actual de los conocimientos humanos.

La razon es óbvia por demás, despues de lo que dejamos consignado; la ley histórica de la humanidad no es, ni puede ser otra cosa, que la resultante de la Providencia divina y de la libertad humana, á la vez que la expresion de sus relaciones, como agentes ó principios fundamentales del movimiento de la humanidad, con sus variadas fases y trasformaciones. Es así que el hombre no puede conocer *a priori* por sus propias fuerzas, ni los secretos designios de la Providencia Divina, ni las determinaciones contingentes de la libertad humana, especialmente con respecto al porvenir, ni tampoco los ocultos designios, las íntimas relaciones y armonías que existen entre la primera y la segunda; luego sólo puede llegar al conocimiento de la ley histórica de la humanidad y á su posesion una Filosofía de la Historia más ó ménos completa, más ó ménos segura, por medio de la observacion exacta y de la comparacion racional y crítica de los hechos históricos, los cuales, por lo mismo que son el resultado y el efecto adecuado de la accion de la Providencia y de la libertad humana, pueden considerarse como manifestaciones, vestigios y encarnaciones más ó ménos claras y aparentes de los designios providenciales en sus relaciones con la voluntad libre del hombre, como agente inmediato de la Historia; cuya teoría concuerda exactamente con la misma que nosotros nos atreveremos á apellidar escuela católica de la Filosofía de la Historia, iniciada en el ingreso de la segunda parte de este discurso.

La segunda consecuencia que se desprende, es que debe mirarse con desconfianza todo sistema de Filosofía de la Historia que se halle

basado sobre concepciones de la razon pura, y no sobre la razon educada en la revelacion, á la par que sobre la observacion y comparacion de los hechos históricos; puesto caso que esta observacion y comparacion constituyen y entrañan el único criterio racional para llegar al desenvolvimiento de la ley histórica, contenida en el movimiento complejo y universal del género humano sobre la tierra, y condicion necesaria de la posibilidad y existencia para el nombre de la Filosofía de la Historia.

El análisis de esta observacion científica, debe abarcar y contener el movimiento total del género humano en la manifestacion de sus distintas observaciones; en lo que respecta al tiempo, á las épocas, á las tendencias de cada raza, al origen y engrandecimiento de todos los pueblos é imperios, narrando en filosófico concepto las expresiones más fundamentales de la sociedad humana, la política, la guerra, la moral, las ciencias, las instituciones sociales, las tradiciones, las reminiscencias de antiguos dogmas y creencias religiosas, el origen y desarrollo de nuevas ideas en estas materias, el nuevo Dios y los viejos altares, el matrimonio, la familia, la vida, en fin, de un pueblo sintetizado en todo esto, que constituye como á manera de alma de los pueblos.

Este alto y sublime concepto del asunto de la Filosofía de la Historia, nos da claramente á entender cuán difícil es abarcar en una sola mirada este tan prodigioso movimiento de la vida, donde se pierde y confunde el pensamiento humano, y no hallaria en verdad salida ni solucion para este problema, á no estar iluminada su inteligencia por esa idea primordial del plan eterno de Dios, de su Providencia y del orden moral, rigiendo y gobernando el mundo mediante la libertad humana, como rige y gobierna el hermoso concierto de la naturaleza física.

Esto prueba á su vez, cuán difícil es para la razon crear por sí propia, en la meditacion de su profundo aislamiento, el contenido esencial de la Filosofía de la Historia y su desarrollo racional y científico.

Aun cuando supusiéramos la existencia de un genio que poseyera el conocimiento exacto,